

# Filosofía del escupitajo

**MAGNOLIA RIVERA**

Entre el polvo de la calle, sobre el pavimento, lucía redondo, plateado. Enseguida regresé sobre mis pasos. Me agaché, lo miré de cerca. Brillaba al sol con descaro.

¿Quién lo lanzó? ¿Quién quiso dejarlo ahí, en medio de la calle, a que se jacte de ser una mancha en el paisaje urbano, bajo los pies de los que pasan sin advertirlo, o de quienes, advirtiéndolo, no le dan importancia?

Me pregunté cuánto vale, cuánto para que nadie haga lo que yo, para que nadie pierda su tiempo pensando en él, mirándolo en su insulsa redondez de moneda. No vale nada, supongo. Nada como para sentarse a escribir una filosofía del escupitajo, de este círculo viscoso que ahora tengo junto a mí en la calle.

Terminé por sentarme a su lado, cuidándome de los pisotones de los transeúntes apurados. Saqué la libreta e intenté describir su anatomía, mezcla de saliva y moco. Observé el verde y el amarillo casi compactos y la luz reflejada en su anatómica baba. Un hombre quiso darme una limosna, pero vio la libreta en mis manos y mi portafolios recargado en la pared: los pordioseros no van a la oficina.

Me obsesioné con la idea de explicarme a mí mismo la razón que tiene la gente para escupir, el motivo de llevar a cabo este ejercicio catártico, este ritual de desahogo que consiste en aventar con fuerza, desde la garganta y más hondo, un gargajo a la punta de la lengua y desde ahí, con ímpetu, lanzar el bolo directo al piso, a un lugar no premeditado.



Magnolia Rivera

Definitivamente, en la escupida no hay alevosía. Hay ganas de tirar en ella todo lo que molesta, lo que pesa, lo que ya no se soporta. Nada más.

Escupe el recién peleado con su esposa porque ella le ha dicho que no le alcanza para el gasto.

Escupe el que acaba de ser regañado por el jefe debido a una pendejada que fue culpa de otro.

Escupe ése al que el maestro ha reprobado a pesar de haberse partido la madre estudiando todo el semestre.

Escupo cuando esta vida -la muy puta- me recuerda de nuevo que soy un pobre diablo.

Pero no nada más escupen los hombres. También las mujeres. Se les ve menos gracioso el gesto, más osado el hecho, pero lo hacen (no en todos los niveles sociales, desde luego). Cuando ellas expelen esa perla gelatinosa, contundente, se sienten bien, se sienten plenas después de eso, como si hubieran cogido hasta el orgasmo.

Es que escupir es liberar, mandar a la chingada, sacar lo que está atorado, tomar aire nuevo luego del ahogo.

El escupidor puede ser todo un profesional. Sin embargo, nunca he visto a nadie que presuma de ser un gran escupidor.

Es verdad que, así como hay quienes se retan entre cuates para ver quien mea más lejos, también hay quienes compiten en algún barrio, alguna noche de ocio, por ver quien lanza el gargajo más allá, y más espeso, para complicar el reto. Pero esas competencias son una cosa que al otro día no tienen relevancia para nadie. El deportista escupidor no es como el héroe-futbolista-santo que sale en el periódico porque mete más goles.

El campeón de las escupidas es un hombre anónimo, es ése que pasa junto a mí, junto a ti sin que nunca sepamos de su habilidad prodigiosa, porque la

gente piensa que escupir es un acto asqueroso que no sirve para nada. Cuán equivocados están, cuán lejos de la verdad que se nos embarra en la cara.

Como nadie se da cuenta de lo que tiene hasta que lo ve perdido, solamente si nos viéramos impedidos de poder realizar el acto de escupir, podríamos saber lo que vale el hecho de poder sacarse lo que incomoda y aventarlo bien lejos. Porque cada escupida es un “a la mierda todo”.

En la calle hay muchas escupidas, de todos tipos, de muchos tamaños. En la ciudad, miles de millones.

Esta cosa redonda viscosa, junto a mí, comienza a secarse al sol. Guardo mi libreta, recojo el portafolio, me sacudo las nalgas y continúo mi camino al trabajo.

En el trayecto, ajusto la puntería y lanzo el desahogo.

“Bienaventurados aquellos que pueden escupir, porque de ellos es el reino de la libertad”.



Imagen proveniente del libro Manual de oración